

CENTROAMERICANA

19

Cattedra di Lingua e Letterature Ispanoamericane

Università Cattolica del Sacro Cuore

2010



CENTROAMERICANA

Direttore

DANTE LIANO

Segreteria:

Simona Galbusera
Dipartimento di Scienze Linguistiche
e Letterature Straniere
Università Cattolica del Sacro Cuore
Via Necchi 9 – 20123 Milano
Italy
Tel. 0039 02 7234 2920
Fax 0039 02 7234 3667
E-mail: dip.linguestraniere@unicatt.it

La pubblicazione di questo volume ha ricevuto il contributo finanziario dell'Università Cattolica sulla base di una valutazione dei risultati della ricerca in essa espressa.

Dei giudizi espressi sono responsabili gli autori degli articoli.

Sito internet della rivista: www.educatt.it/librario/centroamericana

© 2010 **EDUCatt** - Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica

Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215

e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)

web: www.educatt.it/librario

ISBN: 978-88-8311-794-7

MARIO MONTEFORTE TOLEDO, VIDA Y OBRA

MÉNDEZ VIDES

Mario Monteforte Toledo nació en la ciudad de Guatemala el 15 de septiembre de 1911, cuando la república festejaba con desfile escolar y bandas marciales los primeros 90 años de vida independiente en la capital modernista. Eran los tiempos del tirano Estrada Cabrera. El paso del cometa Halley había despertado asombro y miedo, avivado la superstición y los mitos. Hijo de familia acomodada se crió muy cerca del poder provinciano en una nación marcadamente dividida, racista y clasista. Su padre trabajaba para el tirano. El mundo acababa de despedir a León Tolstoi, a Mark Twain, al compositor Malher. Se avecinaban grandes y dramáticos cambios, una nueva era. En Panamá se estaba construyendo el Canal interoceánico. El portentoso Titanic se había hundido durante el trayecto de su primer viaje. En México había triunfado la revolución, y el espíritu de Madero era pólvora ardiendo. En Europa estallaría muy pronto la Primera Guerra Mundial. Rusia inauguró el ideario del comunismo sobre las cenizas de la monarquía decadente. Monteforte aprendió en la conversación de sobremesa los nombres de Lenin, Gandhi, Freud, Proust, DH Lawrence, Rilke... El surrealismo se fraguaba con toda intensidad del otro lado del Atlántico. El mundo se encontraba en completa ebullición. Los acontecimientos mundiales avivaron su ansia de cosmopolitismo, de partir, y despertaron el deseo de aventura, conocer las luces y la cabecera del mundo. El mundo ancho e infinito le abrió sus brazos. Monteforte Toledo no se podía conformar con el destino chato que le prometía la patria, no aceptó freno ni frontera. Aunque su verdadero escape y realización lo encontró en el sueño de la Literatura, en la ficción trascendente, en el poder de la imaginación.

La ciudad de Guatemala quedó destruida tras los terremotos de 1917. La ciudad de adobe quedó postrada tras los movimientos de tierra, convertida en

escombros. Los campos de la Feria y canchas deportivas dieron su acogida en champas de refugiados a un pueblo herido por la fuerza telúrica, y ahí, entre cartones, mantas y láminas, surgió el primer gran efecto democratizador del siglo XX: cuerpos de jóvenes de diferentes clases sociales se fundieron en amores clandestinos, dando rienda suelta a una experiencia sensible transformadora. La tertulia del terremoto alimentó entre escombros a la nueva generación. Monteforte Toledo era todavía un niño, pero el cataclismo le abrió las puertas a la experiencia del ocio en los barrancos, tras decretarse oficialmente la suspensión de la actividad escolar. Anduvo caminando en compañía de niños sin fortuna, descalzos y descamisados, soñadores, que despertaron la magia y avivaron su ilusión de vagabundo. En *La cueva sin quietud* dejó constancia de su fascinación por López, el protagonista del cuento “El que enseñaba sueños”, ese niño pobre que lo llevó de la mano por el mundo real, demostrándole que siempre es posible viajar con la imaginación, sin frenos ni límites materiales.

Mario Monteforte Toledo es apenas un adolescente cuando cae el tirano. Es hijo de padre de origen mediterráneo que trabajaba oscuramente a la sombra del régimen, y de madre guatemalteca ajena a los acontecimientos y al discurrir de la política. El futuro escritor, imbuido por la acción colectiva, se enfrenta rebelde al padre y huye del hogar, según lo narraba ante una copa de vino, pero en ello había también su parte de ficción o de deseos insatisfechos, de López señalándolo con el dedo índice. Se acababa de desmoronar el reino del terror, y se perseguía a lacayos y confidentes, a traidores y conspiradores. Monteforte abomina de raíz su vínculo con tales páginas negras de la historia reciente. Años más tarde, siendo político importante, el autor es agredido por un periodista que le saca a relucir el oscuro pasado de su padre; ofendido en su amor propio, Monteforte no lo desmiente sino lo reta a duelo. El precoz joven soñador, según él contaba tal y como hubiera querido que sucediera, se embarca de polisón y va a Nueva Orleans, donde aprende el inglés y se emplea de cuidador de caballos en cuadras de lujo, cuando en realidad el muchacho fue acarreado por el padre que escapaba del juicio social, condenado como verdugo de la represión. En su conversación, Monteforte Toledo borró tal pasaje de su memoria, y se recuerda solo, entre caballos finos, ayudado por un noble gringo que le abrió la puerta de sus establos por arte de magia. De ahí provino su amor

por los cuadrúpedos que fueron ancla y carga en sus futuros traslados. Antes de morir, pidió que lo llevaran a despedirse de su caballo. Le gustaba montar, como los caballeros de otra época. Viviendo en el Ecuador, ya en su etapa de madurez y huyendo de un matrimonio que se fue a la deriva, pidió posada al pintor Guayasamín, quien le brindó un pequeño apartamento en su jardín. La sorpresa fue inmensa cuando el pintor ecuatoriano sorprendió al escritor guatemalteco llegando con sus bártulos y el inmenso caballo blanco que amenazaba el pasto y las flores.

Mario contaba a las ruedas de amigos que durante su estancia en Nueva Orleans acostumbraba reportarse con su madre por correo, para tranquilizarla, enviando cartas y postales desde lejanos e incongruentes puertos gracias a la solidaridad de los marinos, para evitar así ser localizado. En realidad, estaba borrando de la memoria la figura del padre, prefería imaginarse a sí mismo viajando por todo el mundo, como aprendió de López. Más adelante simplifica el “Di livio Monteforte”, y destaca el apellido materno, Toledo. Se quiere arrancar las raíces, borrar un capítulo angustioso en la Italia que durante una breve estancia de niño le supo tan ajena y dolorosa. En sus memorias frustradas evadió el tema. Ocultaba el pasado desviando la narración a cuando estuvo perdidamente enamorado de la princesa Carolina de Mónaco, confesando su decepción cuando la tuvo enfrente, de carne y hueso. Apenas dejó resbalar la imagen resentida del padre atendiendo a un amigo, enorgulleciéndose de las grandezas de su primogénito, el rubio, mientras que a él lo presentó simplemente como “el otro”, el de aquí. Algunas páginas permanecen por ahí, mientras el resto de sus memorias se esfumaron dentro de un disco duro de la computadora enferma que borró de verdad o como excusa un pasado que le costaba mucho deglutir, porque según su visión el mundo no es el que cambia sino nosotros.

La aventura de su viaje la remataba contando que un día fue descubierto por conocidos de la familia en la ciudad puerto del río Mississippi y obligado a regresar a Guatemala. Sus primeros tiempos de vida independiente, en la realidad o en el sueño, lo dejaron marcado para siempre. El resto de su vida se la pasó reviviendo aquella misma acción voluntariosa. Trascenderá la cárcel, los matrimonios, trabajos y oficios. Lo suyo son las letras y la independencia plena, hacer lo que se le da la gana, retar al infinito.

De vuelta en Guatemala, se sumerge en los libros. Le apasionan las novelas folletinescas en moda del colombiano Vargas Vila, así como los textos básicos de la literatura mundial, los novelistas del siglo XIX y los novedosos E.E. Cummings, Musil, Joyce. Cuando le entraba la nostalgia, contaba que en aquellos días dorados se juntaba con un grupo de amigos a leer y desentrañar el *Ulises* en la edición original inglesa, antes o después de ir a perderse entre los encajes de las mujeres en el burdel de “las francesas”. La combinación de lecturas le permitió entender la necesidad de un argumento dialécticamente estructurado, sumado al hecho de contar bien, describiendo lo que está allí pero nadie nota, para conmover al lector que descubre en la mirada del otro lo que siempre ha visto pero sin caer en cuenta. El aventurero descubre la selva, goza recorriendo con amigos el río Usumacinta hasta su desembocadura. En su imaginación, quedó grabada la selva petenera, el murmullo del silencio, la vida de los insectos y lagartos que nadan sigilosos entre piedras y ramas sueltas. *Anaité* es su novela de los días de la selva. Una obra inicial, su delimitación territorial, la constancia de un mundo vivo que no duraría mucho en su estado natural, su primer ejercicio novelesco tras la lectura de moda de la obra en moda de José Eustaquio Rivera, *La vorágine*.

Termina su carrera de abogado y se marcha a Francia en los años treinta, entre guerras, a vivir intensamente, gozar de los placeres, los buenos vinos, las fragancias, la comida y la elegancia, en una Europa limitada, empobrecida por el drama bélico. Una escasa asignación mensual le permitió vivir como pobre y millonario, y sus estudios en el campo de la sociología complicaron su identidad. En su obra de madurez, *Unas vísperas muy largas*, regresa a dichos tiempos con una nostalgia renovadora, que sacude y asombra, porque la visión de la vida intensa deviene de los albores de la muerte. Pero llegó el día en que tuvo que volver a casa, ya contando con un doctorado irrelevante en Guatemala, decidido a encontrar y descubrir lo que consideraba propio, como si tal cosa fuera posible, y se sumerge en el profundo mundo indígena en Sololá, desde cuyo mirador se contempla el lago celeste de Atitlán. Del París cosmopolita va al mundo Maya, oscuro y enigmático, donde experimenta con gran intensidad la realidad de dos mundos que se encuentran pero no se juntan. La civilización y la vida primigenia de una población marginada. El eterno planteamiento dialéctico en el cual fundará su obra, porque según el

escritor no se podía construir una novela sin contar en un claro planteamiento dialéctico previo y expresar las grandes preocupaciones sociales de una época determinada. Así nos legó obras donde enfrentaba la ciudad con el campo (civilización y barbarie), los que trabajan con los que no (independencia y dependencia), indígenas y ladinos (estructuras sociales de la dominación),... logrando en la novela *Entre la piedra y la cruz* (1948), uno de los grandes aciertos literarios de su carrera. La novela plantea, desde la posición de un personaje indígena (tema que más adelante replanteará en *Donde acaban los caminos* desde la posición antagónica), el gran dilema que conlleva el mestizaje: ¿Bajo qué sombra ampararse? ¿A quién creer? ¿Qué se es y quién? Porque el guatemalteco es el resultado de una mezcla, con sangre o sin ella, y en nuestra historia hay dos grandes vertientes. ¿Escogerá el mestizo fundar sus raíces en la piedra de los mayas o sobre la cruz de los europeos? Monteforte no responde, sino plantea el drama humano y deja que el lector madure las posibilidades. La novela retrata, además, una época determinada, la que abarca desde la caída de Estrada Cabrera al triunfo de la Revolución de Octubre. Un último capítulo, casi un apéndice innecesario, resalta excesivamente el júbilo por el paso de un tiempo negro al amanecer de la oportunidad social, lo que denota cierta actitud cortesana con el nuevo poder que se labró en la patria. Un cuarto de siglo de transición, que coincide con la época propia del autor, los tiempos frescos y soberbios de su juventud.

El protagonista de la novela es Lu Matzar, un indígena atribulado por las circunstancias sociales, víctima inocente de los desmanes del mundo ladino, mundo al cual ingresa para sobrevivir y donde se corrompe. Es la novela de la impotencia, de la experiencia de la vida en el campo y la ciudad, de la existencia como advenedizo nadando en contra de la corriente. Matzar pasa de maestro en la sierra a soldado, de la ebriedad a la corrupción, acumulando resentimiento que materializa en la venganza. Lu tiene la oportunidad de violar a la hija del patrón alemán, y ella acepta quieta y dispuesta la ignominia como quien paga las culpas de otros, sin embargo el indio se detiene a tiempo, la rechaza y le escupe el vientre con gran prepotencia. ¿Significa su inhibición control o miedo a la transgresión?

Su experiencia de abogado en Sololá condujo también a la aventura pasional con una mujer Tzutuhil, con quien tiene una hija a quien bautiza con

nombre cristiano y luego cambia por el de Morena. Con la joven Chavajay vive una crisis de amor ilícito y ruptura romántica que lo marcarán para siempre. De tal experiencia surge otra novela intensa: *Donde acaban los caminos*. El argumento ya estaba presente en el cuento “Dos caminos salen del pueblo”. En sus últimos días se dedica a promover la filmación de la película homónima, que ya no pudo ver realizada en la pantalla grande, pero que empujó con gran voluntad, tratando de ser contemporáneo con un tema vivencial que había agotado en la ficción medio siglo antes. La novela es profundamente personal, nacional y humana.

Monteforte contaba el momento memorable cuando en medio de su relación amorosa ingresó al teatro en la ciudad de Guatemala llevando del brazo a su pareja tzutuhil, vestida con el traje étnico, y las personas más conservadoras y pacatas, asistentes al evento, abandonaron el teatro ofendidos. El escritor era romántico y escandaloso, y estas muestras de rechazo alimentaban su ego, pero a pesar de tanto atrevimiento igual llevó a la mujer de vuelta a su comunidad, porque no podían vivir juntos, y meses más tarde la madre del escritor recibió de nuevo la visita de la joven esposa según la tradición tzutuhil, era tarde, contaba, tocó la puerta con los nudillos, y entregó a través del portón a su hija de piel lavada, a su abuela, porque en la comunidad del lago la rechazarían por la piel clara. Era Morena, la hija que acompañó a Monteforte en sus travesías, y a quien él describía como la querida hija mestiza a quien a veces no podía comprender, porque integraba la magia mediterránea con la superstición de los alrededores del lago. La muerte de su hija conmovió profundamente al escritor ya anciano, y en una despedida espectacular fue a regar sus cenizas en el lago que era espejo y descubrimiento de la patria tras su retorno de Europa.

Pasada la experiencia sentimental y redentora, Monteforte se marcha a los Estados Unidos, donde se entrena como voluntario para participar en la Segunda Guerra Mundial, pero en el último momento, cuando ya es experto en tiro, se arrepiente de seguir el camino de la guerra, ya no acepta la ciudadanía norteamericana que en principio le interesaba y opta por regresar a su tierra, porque recibir órdenes no es lo suyo, y se va a encontrar con el acontecimiento extraordinario de la Revolución Guatemalteca. Pronto se involucra en la acción ciudadana, juega un papel cívico como Presidente del

Congreso, Vicepresidente de la nación, y, posteriormente, es nombrado embajador ante las Naciones Unidas. La ilusión del nuevo mundo duró lo que dura el sueño de la juventud, apenas una década de cambios y turbulencia durante la cual publica con intensidad en *El Libro de Guatemala*, una colección de primera iniciada por la Municipalidad de Guatemala y continuada por el Ministerio de Educación, donde se contó con la asistencia editorial de Bartolomé de Costa-Amic, con ilustraciones en la cubierta nunca después superadas, en tirajes relativamente grandes (que quintuplican las ediciones nacionales contemporáneas). De Monteforte fueron los títulos 2 (*Anaité*), 5 (*Entre la Piedra y la Cruz*) y 11 (*La cueva sin quietud*). En dicha colección también publicó Luis Cardoza y Aragón su *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo*, con el número 4, y fue la envidia de Miguel Ángel Asturias, a quien se le negó el amparo, y sería por eso que la edición príncipe en México de la novela *El señor Presidente*, edición contratada y pagada por el futuro Premio Nóbel, bajo el sello de Costa-Amic, emulaba la colección nacional donde se le negó el espacio.

El ocaso de la década y advenimiento de la contrarrevolución significaron para nuestro escritor un viaje a la cárcel provinciana de entonces. Monteforte contaba con añoranza y humor sus días de prisionero, porque cada mañana le llevaban de su casa la comida caliente en un azafate. Nueve meses pasó dedicado a la lectura y la charla animada con otros prisioneros políticos, fue una tertulia obligada, hasta cuando se le abrió el camino del destierro vía Honduras y Costa Rica, para concluir en México, país donde se estableció y dedicó a la escritura, docencia e investigación. El autor comentaba entre copas de vino y memoria suelta, el momento insólito cuando en los tiempos del dictador Ubico fue expulsado por primera vez del país, siendo obligado a atravesar el río Suchiate. Del otro lado fue recibido con los brazos abiertos y solidarios por un grupo de jóvenes intelectuales mexicanos. Eran otros tiempos, cuando los ciudadanos de países vecinos se daban la bienvenida y ayudaban.

Monteforte Toledo lleva bajo el brazo la novela: *Una manera de morir*. Novela urbana, que se ramifica y desdobra retratando a la Guatemala del medio siglo, en medio del planteamiento de la disidencia, de la “capacidad para no someterse” de los hombres libres. La obra fue tachada de revisionista, hasta

de traición, de señal de conformismo y resignación, y al autor se le cobrará la factura en vida por tal atrevimiento. El autor se salió de la olla por completo, rechazando toda ortodoxia y ganándose la soledad. El argumento parte de la reconstrucción imaginaria del caso de persecución de José Revueltas en México, asfixiado por el Partido Comunista. Revueltas nació en 1914 y vivió entrando y saliendo de la cárcel desde los 15 años. En 1928 ingresa al partido comunista, de donde es expulsado en 1943 por su oposición a Stalin. Marxista de pura cepa, Revueltas no puede vivir alejado del Partido, se siente apestado, leproso, y retorna con la cabeza gacha a pedir el reingreso. Lo admiten pero debe renunciar públicamente a sus ideas y acatar las directrices del Partido, lo que lo sumerge en un clima interno de vergüenza ideológica. Monteforte presencié el rechazo y la crítica que acosaron a su amigo tras la publicación de *Los días terrenales* en 1949. Lo habrá impresionado mucho el caso, porque le pareció que entregarse y agachar la cabeza equivalía a una manera de morir, y Monteforte estuvo siempre del lado de la vida. La publicación de esta novela ocasionó todo tipo de enfrentamientos y lamentables reacciones injustas. La comunidad guatemalteca lo apartó de su seno en el exilio, y la brillante novela no recorrió más camino que el logrado tras obtener un premio internacional en Nueva York. El manuscrito original sin copia salió clandestinamente de Guatemala gracias a la ayuda de Seymour Menton, profesor norteamericano que trabajaba en *La novela guatemalteca*, y fue publicada finalmente en México. No hubo comentarios ni críticas en los medios, mientras el autor empezaba a experimentar en carne propia el rechazo a lo Revueltas. La izquierda ortodoxa lo ninguneó. La Editorial Océano le propuso encargarse del lanzamiento continental de la novela, pero le exigieron eliminar el capítulo donde se mofa de la Iglesia, a lo cual Monteforte no se prestó. Y Mario contaba con profunda tristeza la alegría trucada en decepción cuando se presentó al set de filmación de la película que se anunciaba como una gran oportunidad de reconocimiento, y se encontró con un cuadro de Stalin precediendo la sala del sindicato donde se enjuicia a Peralta. Sintió que fuerzas reaccionarias lo estaban utilizando, y detuvo la producción.

La novela, a pesar de la resistencia del autor, se publicó también en España y se tradujo al Francés y otras lenguas. Los guatemaltecos en el exilio contaban la historia de la ocasión cuando Monteforte Toledo llegó a una reunión social,

tras haber sido publicada *Una manera de morir*, desatando la ironía del célebre narrador Augusto Monterroso, quien le dio la bienvenida refiriendo en voz alta que su nueva novela tenía el título equivocado, porque debió ser *Una manera de vivir*. El aguijón desató su furia, llevándolo a las manadas, en un hecho que significó su expulsión del seno nacional en el exilio. En 1997 Monteforte experimentó otro ataque de furia cuando al llevar a la actividad de “Les belles étrangères” en París, se encontró que la editorial Gallimard había reeditado sin pedirle autorización la obra en cuestión, provocando su crispación y un nuevo escándalo. Y como colofón a la historia de tal novela, recuerdo la noche cuando el autor llegó a mi casa con un ejemplar aún caliente de su última novela publicada por Alfaguara, *Los adoradores de la muerte*, la cual me dedicó con el pulso tembloroso como nunca. Resignado a las inclemencias de la novela parte aguas de su vida, me desplegó la solapa de la cubierta, donde la editorial junto a sus datos mínimos biográficos había confundido el título de la famosa novela por el de *Una manera de vivir*. Ya no se podía hacer nada, fue como atragantarse sintiendo el puñal atravesándole el corazón.

Mario Monteforte Toledo hizo su vida adulta en México. En el Distrito Federal conformó una familia, hizo amigos y se regularizó en un empleo como docente e investigador universitario. Viajó por todo el mundo y presenció los grandes cambios del siglo, la juventud de mayo, el mundo de las drogas, Vietnam, la liberación sexual. En Latinoamérica se emprendía la gran batalla fallida. Cuba y la muerte del Che eran el tema candente. Su obra de dicho período correspondió más a libros de investigación, mientras sus novelas son el registro de las nuevas sorpresas, en *Llegaron del mar*, analiza los efectos del descubrimiento de América. Y *Los desenchonados*, que se publica en 1976, es su novela mexicana. Después de tantos años de exilio, nuestro novelista escribe una novela que se desarrolla en México, presentando al desnudo las relaciones sentimentales imposibles de preservar entre personas de diferente origen. Ya no tenía, como en sus novelas anteriores, el auxilio de la experiencia fecunda de la infancia y juventud, ni la referencia del amor idealizado con una mujer indígena, que fue su banquete de civilización y barbarie. En *Los desenchonados* la relación imposible se sucede entre un mestizo mexicano educado para dominar a la esposa, con licencia para acudir a los prostíbulos en plan de

negocios, y una mujer blanca de los Estados Unidos, independiente y puritana. Es su misma novela de siempre pero con los papeles cambiados y el escenario distinto, donde fluye el espíritu pasivo de la vida desencantada en medio de la rutina familiar, en los años de los hippies. En lugar de soñar, el discurso de la novela sabe a depresión, y la estructura es enredada, quizá por cansancio o porque se tomó la libertad de la experimentación tan en boga en dichos años.

Esta novela fue bienvenida por José Revueltas, el amigo que inspiró su novela más ambiciosa. Los comentarios fueron escasos. El libro debió guardarse en cajas en alguna bodega, y décadas más tarde fueron vendidos los ejemplares en oferta, como mejor opción que la incineración. La novela es diferente y menos impactante, pero igual se disfruta su prosa amena y la aversión del autor a los excesos sentimentales, a la rabia de niños que dejan mocos por todas partes, a su alma confusa de “cartero nuevo que siempre parece ir a donde no va”.

Monteforte Toledo se hace en el vecino país de nuevos amigos, intelectuales con quienes se expresa y siente a gusto, siendo uno de ellos Mathias Goeritz, autor de murales y esculturas monumentales de estilo minimalista. Egoítricos los dos, dispusieron grabar sus conversaciones para armar un libro, y el resultado es una delicia que publicó Siglo Veintiuno Editores: *Conversaciones con Mathias Goeritz*. El lector asiste al diálogo extenso y profundo sobre lo que a dos intelectuales cosmopolitas les preocupaba e interesaba: la vida y el arte. El artista de la plástica monumental está preocupado por la pérdida de la espiritualidad en el mundo, creyente dice que “reconozco el gobierno de una mística sobre lo que hago”. El escritor apasionado y descreído, dice que “tal vez no me deje ser lúcido el terror ilimitado que me da lo desconocido y también la amargura de no tener fe”. Desde perspectivas opuestas, atacándose, interrumpiéndose, discuten su postura sobre el arte. Mathias piensa que el arte “necesita mucho más fe que libertad”. Monteforte defiende la postura atea de los artistas y dice “que no debemos soñar. Los sueños alimentan a los dormidos, pero devoran a los despiertos”. El lector es de repente uno más en la conversación, donde se sirven tequilas y nadie se preocupa por la grabadora indiscreta. Es tentador interrumpirlos, hacer una pregunta, participar en la contienda. Cada quien narra retazos de su historia personal, porque ambos crecieron y se formaron en

los tiempos del miedo. Mathias escondiendo su ascendencia judía, por temor a los nazis, caminando por callejones apartados. El guatemalteco en un colegio donde lo castigaban por leer “novelitas” embrutecedoras, hasta que su propio hermano le ensarta en el cuello un tenedor al fiero maestro que les pegaba. Los dos tan impresionados por los tiranos. Es una obra donde se discuten las falsas modestias, la vanidad de los segregados sociales, la política, el anarquismo, la escultura y la finalidad de la vida. Es como cuando Monteforte estaba vivo y en la sobremesa nos deslumbraba con ese pensamiento lúcido y ameno, tan fuera de lo común en nuestra aldea.

En un nuevo arranque de independencia, Mario Monteforte Toledo sorprende abandonando el espacio que había conquistado en México y retorna anciano a Guatemala, durante la apertura democrática del Presidente Vinicio Cerezo, con cuyo padre había compartido celda en los malos tiempos. Han pasado treinta y cinco años de separación con la patria. Lo respalda una vida entera dedicado al oficio de las letras. En Guatemala asume pronto una acción constructiva. Impulsa el arte, organiza concursos literarios, promueve el teatro, participa en la reactivación de la cultura tan apagada durante el conflicto interno. Logra hacer él solo, lo que los gobiernos no pudieron impulsar en décadas. Demanda el trato digno para los autores.

El retorno estimula también su creación y escribe dos nuevos libros de cuentos: *La isla de las navajas* y *Los cuentos de la Biblia*, y una novela de plenitud: *Unas vísperas muy largas*, en la que le preocupan las grandes preguntas de todos los tiempos, las de la vida y la muerte. En la biográfica y cosmopolita novela plantea como destino del hombre libre, la soledad y el vacío, proponiendo como único goce posible la experimentación inmediata de los sentidos, vivir intensamente, amar, luchar en contra de la corriente, avanzar aunque ya se sepa que el torrente nos ganará al final la batalla. La propuesta es transgresora: para triunfar en la vida hay que romper con todas las barreras, ejercitar la libertad. Los protagonistas luchan por lo que creen y quieren, aunque al final fracasen impotentes porque no les fue posible transformar la realidad, pero su lucha fue sin embargo lo que justificó sus vidas. El amor se conquista. La pasión se goza. El gran enemigo, aquel que no se puede vencer, es el tiempo.

En *Unas vísperas muy largas* el autor acomete la empresa de llevar su tradicional temática a la última dicotomía, la del cuerpo y el alma, la del tiempo que se derrama y escapa entre los dedos, la de la imposibilidad para seguir aprendiendo indefinidamente y de gozar sin interrupción, porque la edad marca lo chato del destino humano.

En cada una de las narraciones de Mario Monteforte Toledo existe una relación de pareja como metáfora de la vida irresoluble en común de seres diversos, que se unen y luego separan. El hombre quiere algo que va en contra de la sociedad, emprende la batalla y al final pierde. La sociedad y la naturaleza triunfan sobre los intereses particulares. Lo que se propone para el hombre libre como destino son la soledad y el vacío, así como la promesa infalible de la muerte. Ante todo lo cual el autor antepone la vida, la experimentación inmediata, vivir intensamente, amar mientras se pueda, luchar rebelde en contra, avanzar crudamente aunque ya se sepa que el torrente nos ganará la batalla. Estamos jugando al ratón y al gato con la muerte, a las escondidas mientras la Naturaleza nos arrebatara el sueño.

La novela *Unas vísperas muy largas* trata sobre la relación amorosa entre una mujer joven y un hombre de edad madura. Para cautivarnos, el autor realiza un cambio de forma, y fuera de su costumbre de narrar en tercera persona gramatical, adopta la primera, con lo que propone un acento íntimo. Escribe de una manera que nos convence de lo que dice, porque suena como si todo se tratara de una merienda autobiográfica: “No quise dejar cosas y me prometí nunca volverme a hacer de otras; cada cosa es un tigre antropófago, dijo un poeta cuyo nombre no debiera olvidar”. Para disfrutar de la libertad, invita a emprender la aventura que la mayoría no emprenderá jamás, vivir atrevidamente, huir del presente estrecho. Hay que ser contemporáneos, vivir el presente sin caer en las nostalgias de los viejos: “Nunca he dicho que París no es lo mismo, como esos que desesperadamente tratan de olvidar las exequias de su juventud y rechazan que son ellos los distintos, los que se han desmoronado con todo y sus retratos amarillos”. Se trata de ser siempre jóvenes, no envejecer para enfrentar la muerte con dignidad.

Esta novela contiene las páginas más bellas que se han escrito sobre la vejez, lo que Monteforte señala como: “el período más desolado y asqueroso de la vida”. La vejez se descubre de golpe, cuando “ya no se tiene derecho para

cambiar nada y que es de los demás de quienes nos toca recibir agradecidos la piedad y la tolerancia”. Esa estación que el autor rechaza, demandando vitalidad, proponiendo enfrentar con ahínco y juventud todas las acciones de la vida.

El protagonista, un abogado e intelectual de éxito, se figura como el trasgresor ideal, inconforme y apasionado, que decide al entrar al ocaso de su existencia volver a revivir lo que valió la pena. Como pedirle a la medicina el marcapasos que le prolongue la existencia. Y en un congreso conoce a la joven Jíbara, con la que inicia una estación fabulosa, llena de placer, de abundancia, de derroche de juventud. El hombre maduro, casado, que jura que ama a su pareja e hijos, abandona su seguridad para emprender una vez más la aventura de vivir intensamente. Ama a la Jíbara con la misma intensidad con que se ama a sí mismo. Junto a ella se aferra a la vida, aunque después descubra en su imagen el símbolo perenne de la muerte. Viajan por Europa, hacen el amor en cuanto lugar se los permite la circunstancia y se los dicta la excitación, sin inhibiciones, incluso sobre la tumba de Porfirio Díaz en el cementerio de Montparnasse. Él sabe que se está jugando su última suerte. Y por si fuera poco, se dan a la tarea de querer procrear un hijo, para que la vida de ellos dos se extienda por encima de sus cuerpos, reproduciéndose genéticamente. Pero el tiempo transcurre, los cuerpos se van reconociendo diferentes, la edad aparece en la conciencia, y un día, luego de la muerte del fruto que nacería de los dos, la Jíbara se marcha. El personaje queda solo, pensando que “a menudo me he esforzado en inventar una esperanza hacia atrás, una creencia en que las cosas fueron como yo quería”, y con una prosa magnífica, remata el libro con un capítulo inolvidable, donde el personaje nos recuerda a Vallejo cuando dice “me duele todo, hasta el dolor y lo que va a doler a la hora de la consumación de los siglos”, o bien: “¿Para qué necesito los ojos si todo se ha convertido en palabras?”.

Tras una década en su país, emprende la escritura de su última novela, *Los adoradores de la muerte*, inspirada en los hechos dramáticos del suicidio colectivo en Guyana de la secta de Jim Jones. El hombre huye del terror a que es sometido por la familia, la escuela y la Iglesia; huye de la obediencia y del servilismo, encontrando la única esperanza en la aventura. Un libro donde al estilo de las primeras lecturas de Vargas Vila, Monteforte plantea que si la vida

es una forma de esclavitud, la muerte voluntaria es la liberación. En lugar de tratarse de un niño viajando a Nueva Orleans, es un fanático religioso norteamericano buscando al mundo primigenio, tan en línea con su primera novela *Anaité*. El principio y el fin entrelazados por la aventura voluntaria de seres vivos adentrándose en la selva.

La obra novelística de Mario Monteforte Toledo se concentra en la aventura y la libertad, testimonio de su experiencia vital. Una obra congruente, de hombre que nunca se rindió ante ortodoxia alguna, que creía fieramente en el poder de la imaginación, que recomendaba humildad a los autores jóvenes, porque todos venimos de otros, y que no juzgaba a los demás porque “cada quien sabe cómo mata sus pulgas y a quién le echa la culpa de sus fracasos”.

La carne envejece y se llena de arrugas, convierte en precipicio las gradas y en bulto el cuerpo, esconde la realidad en la penumbra e interrumpe la disposición para el amor. “No hay peor cosa que la vejez” decía inconforme Mario Monteforte Toledo cuando una nueva debilidad se anunciaba. No se daba por vencido, masticaba una tableta para prevenir el reflujo y bebía sediento el jugo de naranjas frescas del desayuno, con las pepas flotando, antes de engullir el plato de frijoles parados con apasote y el tamal rojo, servidos en plato de hojalata en la caseta de lámina de una calle muy transitada en por ejemplo Quetzaltenango. Comida gourmet o callejera, igual se lanzaba al remojo de las barbas blancas, como quien se sumerge en el Potosí de una cama de agua.

Monteforte fue joven siempre, independiente, colérico, apasionado, con porte de conquistador en tierra de dominados. Lo seducían el poder y las mujeres, por lo que tienen de misterioso y apasionante. Llegaba a los hospitales equipado con novedades literarias y haciendo planes a largo plazo, lleno de proyectos, empujando inmortal a quienes de otra manera permanecerían impasibles. A los noventa años emprendió un viaje a Cuba con la intención de buscar mujer, de donde regresó cabizbajo, agotado por las gradas de los edificios fríos y despintados, y por el reflejo interminable del mar azul que se estrella día y noche contra el malecón. Quiso una noche que la novia pasajera de ébano lo dejara solo, ya servido, pero ella se opuso a la dictadura jurando que por nada del mundo volvería a pisar tierra de La Habana antes del amanecer. Él se sentó en una silla inestable a verla dormir transpirando.

Despertó despejada y se marchó temprano, sin desayunar, cimbreando su figura de acero líquido. Con una palmada Mario Monteforte Toledo borró la sombra de las telarañas plegadas por el desvelo.

En una última travesía fue a recorrer la Europa de sus años de juventud, equipado con una estufa de gas para economizarse algunas comidas cocinando en las habitaciones de hotel, y su almohada. Era el mismísimo Quiché Achí despidiéndose de los altos montes verdes y azules. Enmudeció nuevamente ante el esplendor de la civilización, y bebió vino hasta sentir el anuncio de la embriaguez. Recorrió las calles solo, los bares, los museos. Hay testigos que lo vieron en una terraza de París, mirando en una y otra dirección, nostálgico y pleno. Una tarde llegó en ferrocarril a la estación Victoria en Londres. Arrastró el equipaje por las calles congeladas y anchas. Se registró en un hotel que le pareció cómodo, desempacó, y sin dar pie al cansancio, salió de inmediato a recorrer la hermosa ciudad de cielo encapotado y transeúntes de abrigo negro. El monumento a Nelson, los leones de Trafalgar Square, las callecitas inolvidables de Covent Garden. Se hizo la noche mientras conversaba con el cocinero de un puesto de comida árabe. De pronto se sintió perdido. Le echó la culpa a la vejez. Vagó de un lado al otro, sin recordar el sitio exacto ni el nombre del hotel donde había dejado la totalidad de sus bienes. Los años arruinando con su podredumbre las estaciones felices. Tuvo que pernoctar en otro hospedaje y se movilizó por tres días en autos diplomáticos y de la policía buscando el equipaje. La ropa vencida no importaba pero sí sus notas, una novela a medias, la libreta de direcciones. La BBC emitió un comunicado durante el noticiero matutino. El empleado del hotel perdido llamó para reportar que ellos tenían guardadas las pertenencias y notas literarias del escritor. Fueron tres días dichosos. Niño nuevamente. Nuevo material para contar a los amigos en Guatemala, celebrando sus aventuras. “Por la vida y por el amor” brindó alzando el vaso de whisky con apenas una pizca de hielo. Su meta era pasar directamente del amor a la muerte, sin sufrir las desventuras de la vejez. Regresó lleno de canas a la patria, a la tierra de los terremotos donde vivió su infancia vagando por los barrancos, entre escombros, en compañía de niños sin fortuna, descalzos y descamisados, soñadores, que despertaron en él la magia y avivaron el afán de aventura. Ellos volaron con la imaginación, Mario Monteforte Toledo salió a recorrer el

mundo y volvió lleno de mundo. La cruel enfermedad lo postró. Un día soleado pidió que lo condujeran a saludar a su caballo. Fue en silla de ruedas. El animal olía a Nueva Orleans. Lo acarició para despedirse. “Aquí se acabó el asunto Monteforte” dijo, ya resignado a morir. Dio el paso al más allá como quien penetra para siempre en el reino de la literatura. Su obra permanece dispersa en todas partes y sus cenizas como un puente entre lo real y lo imaginario, un poco en la ciudad y otro tanto flotando en el lago de Atitlán.

La literatura apasionó a Mario Monteforte Toledo por cuanto implica la posibilidad de superar nuestra trágica condición de mortales. Sus novelas son conquistas, en ellas vertió lo apresurado de su propia experiencia, trascendiendo cada hecho. Le confirió continuidad y grandeza a la estrechez de la vida. Partió el 4 de septiembre del 2003, siéndole fiel al mes de la Independencia. Murió como don Quijote, con la barba blanca y la mente iluminada.

EDUCatt
Ente per il Diritto allo Studio Universitario dell'Università Cattolica
Largo Gemelli 1, 20123 Milano - tel. 02.7234.22.35 - fax 02.80.53.215
e-mail: editoriale.dsu@educatt.it (produzione); librario.dsu@educatt.it (distribuzione)
web: www.educatt.it/librario
ISBN: 978-88-8311-794-7

€ 6,00

ISSN: 2035-1496